



Figaro de *Il barbiere di Siviglia* en Bremen, con Stephanie Atanasov (Rosina)



Belcore en *L'elisir d'amore* en Bellas Artes  
Foto: Rigoletto Reséndez

## Alberto Albarrán: De Estudio en Estudio

Recién graduado, a los 23 años (2007), el barítono Alberto Albarrán, alumno del maestro Enrique Jaso, viajó a Alemania, hizo audición y ganó un lugar en el Estudio de la Ópera de Bremen. Imaginó que tomaría clases de perfeccionamiento vocal, pero de pronto se descubrió con la obligación de aprenderse cada semana óperas enteras, tanto musical como escénicamente. Era el único becario latinoamericano.

Bajo el argumento de su temperamento vocal, lo asociaron con el repertorio italiano. Su registro agudo era amplio y se le facilitaban las coloraturas. Lo clasificaron en el fach de *Jugendlich Lyrischer Bariton* (joven barítono lírico). Cantó pícaros bufos: Dandini, Malatesta y sobre todo el rossiniano Figaro; pero también hombres agoreros de tragedias: Schaunard y Marullo. Su voz destacaba por contundente. Era uno de esos sonidos que se le imponen al cuerpo. “Tu canto produce impresiones —le dijo Hans-Joachim Frey, director general del teatro— y por eso quiero que cantes Papageno”.

Entonces, al interior de la Ópera de Bremen, se desencadenó un pequeño escándalo: ¿cómo un mexicano cantaría un personaje cumbre en la historia de la ópera alemana; un personaje que además, como pertenece a un *Singspiel*, contiene partes habladas? Audicionó y cumplió, pero le pusieron una extraña condición: cantaría el Papageno sólo si antes interpretaba solventemente otro papel operístico alemán: el wagneriano Cecco del Vecchio, el amigo de Rienzi. Lo cantó. Una tataranieta de Wagner supervisó cada detalle de la producción y aprobó su desempeño.

Los alemanes también cumplieron: le dieron el Papageno. Y su interpretación fue exitosa, tanto que a mediados de 2009, cuando terminó su beca, le ofrecieron ser solista del teatro y en un año cantó 48 funciones (Papageno y Figaro fueron sus papeles más recurrentes). A finales de 2010 Frey le avisó que debido a la crisis europea las casas de ópera estaban cerrando, que la de Bremen tenía que reducir a la mitad a su gente y que lamentablemente Alberto debía irse.

Alberto regresó a México y se encontró desconectado. Sus antiguos contactos ya no se acordaban de él. Venía de cantar más de 40 funciones al año (126 de mediados de 2008 a mediados de 2010) y de pronto no tenía trabajo. Entró al Coro de la Orquesta Sinfónica del Estado de México. Descubrió un mundo musical nuevo, donde

su voz no debía dar vida a personajes sino sumarse a muchas otras voces para construir ambientes: piadosos (*Stabat Mater* de Pergolesi), celebratorios (*Carmina Burana* de Orff), solemnes (*Misa de Coronación* de Mozart), heroicos (*Novena Sinfonía* de Beethoven) y sobre todo fúnebres (*Réquiems* de Verdi, Fauré, Brahms y Mozart).

Y atrás, desde su lugar en el coro, comenzó muy lentamente a construir —otra vez— su carrera como solista. Una de sus primeras oportunidades fue como Rodrigo en la ópera *Anita* de Melesio Morales que presentó la Sinfónica de Puebla bajo la batuta de Fernando Lozano y una trepidante dirección escénica de Luis de Tavira (Museo San Pedro de Puebla; 2013). Encarnó Rodrigo (un soldado que ama a la hermosa poblana Anita, quien le ha entregado su corazón a un militar francés) y en todo momento tuvo que expresar sus sentimientos usando voz y cuerpo; cantar y correr; cantar y amar; cantar y escalar; cantar y bailar; cantar y matar. Y lo hizo tan bien que acción y sonido parecían surgir de un mismo movimiento.

Su interpretación resultó definitiva. Dejó el coro y al poco tiempo lo seleccionaron como uno de los 12 becarios que formaron la primera generación de cantantes del Estudio Ópera de Bellas Artes. La experiencia fue extraordinaria. Opuesta a la alemana. Mientras en el Estudio de Bremen todo era sobre cantar cada semana óperas completas sin que nadie lo dirigiera, en el Estudio de Bellas Artes todo fue sobre perfeccionamiento; cada día aprender cosas nuevas: sobre la naturaleza de la ópera con Sergio Vela, sobre teatro con Mauricio García Lozano, sobre técnica Alexander con la cantante de jazz Louise Phelan.

Ramón Vargas, director de la Ópera de Bellas Artes, le dio el Schaunard (en la producción de *La bohème* que se presentó en el Teatro de las Artes en diciembre de 2014) de un elenco que incluyó al tenor estadounidense Brian Judge (Rodolfo) y a los veteranos mexicanos Olivia Gorra (Mimi), Jesús Suaste (Marcello) y Rosendo Flores (Colline).

Meses después, tras cumplir su año como becario, a manera de premio de graduación por su desempeño destacado, debutó en el Palacio de Bellas Artes como Belcore en *L'elisir d'amore* (febrero 2015). Las funciones llegaron y el Belcore de Alberto fue todo lo que Belcore es: un ridículo oficial de canto bello y afectados modales. Su voz se disfrutó (varonil y potente) e hizo reír su actuación. Alberto quedó contento. Cumplió con el reto más importante de su carrera. ●